

por el alma del gran poeta y excelente capitán Jorge Manrique, a quien, en la plenitud de su vida, treinta y ocho años, se le vino encima la muerte, «tan callando» (1478), cuando peleaba contra las mesnadas del soberbio marqués de Villena, enemigo del rey.

Parecería que se trataba de uno de tantos soldados caídos en las luchas banderinas; pero cualquier estudiante de Literatura sabe que se trata nada menos que del señor de Belmontejo, del hijo de don Rodrigo, conde de Paredes, inmortalizado en las *Coplas* de su hijo, el caído ante el castillo de Garci-Muñoz, enterrado en la iglesia de Uclés.

Cuando la muerte se vino «tan callando» sobre el caballero poeta, no había entrado éste en el cielo de la inmortalidad. Y precisamente, por su concepción de idea de la muerte, desarrollada en las famosas *Coplas*, dedicadas a la muerte de su padre, el conde de Paredes, don Rodrigo Manrique, había de inmortalizarse en la Literatura universal. Pronto habían de volar en los pliegos de los cancioneros y en las hojas de la imprenta—gran novedad de aquel momento— las copias de esta composición. Todos los españoles cultos habían de admirar la sencillez de aquellas coplas de pie quebrado, que empe-  
zaban:

*Recuerde el alma adormida,  
avive el seso y despierte  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando.*

Era una verdad universal, vulgarizada ya hasta el extremo en la prosa, en la poesía, en temas sagrados y profanos (recuérdese la leyenda de Buda y su difusión en las letras españolas medievales). Manrique, «arrancando del dolor individual—dice Menéndez Pelayo—, se levanta a la considera-

ción del dolor humano en toda su amplitud y trascendencia», y manejando ideas e imágenes bien conocidas por el *Eclesiastés*, por Isaías, por Baruch, donde ya se ve la tremenda interrogación sobre lo pasajero de las glorias mundanas, tiene el mérito y la originalidad de haber sabido dar forma admirablemente artística y casi definitiva a estos lugares comunes sobre lo deleznable y caduco del vivir, y la certeza de la muerte.

La muerte callada que vino a cortar la vida del poeta la tenía él bien conocida desde que la había visto triunfar sobre su padre, don Rodrigo, vencedor de veinticuatro batallas, a quien «volver las espaldas al enemigo era tan ajeno de su ánimo que elegía antes recibir la muerte peleando que salvar la vida huyendo». La muerte callada corta «nuestras vidas (que) son los ríos—que van a dar en la mar,—que es el morir»; la muerte hace que se olviden los señoríos, las riquezas, el poder, la hermosura, la juventud, que no es sino «verduras de las eras». Y esta misma muerte tan callada fué la causa de la gloria y fama del poeta soldado. Puestas sus *Coplas* en música, desde el siglo xvi; glosadas una vez y otra vez, durante el Siglo de Oro, hasta haber dado materia a Cerdá y Rico para un libro entero, en el que todavía no recogió todas las glosas; imitadas por los románticos; traducidas a los principales idiomas modernos, han llevado el nombre de su autor a los alcázares de la Inmortalidad.

Ante este torreón, enhiesto todavía, del castillo de Garci-Muñoz y ante esta lápida que invita a orar por el poeta, recuerda uno emocionado las estrofas de su inmortal composición, y cree oír en el revoloteo de los pájaros alrededor del castillo el blando ruido de la saeta que la Muerte envió sobre el poeta, «tan callando», sin imaginar siquiera que entonces era cuando le daba la verdadera Vida, que no acabará mientras dure la lengua española.